

**OLIMPIADAS DE FILOSOFÍA DE LA REPÚBLICA**  
**ARGENTINA**  
NIVEL POLIMODAL

“CRÍTICA AL CONCEPTO DE VERDAD”

**SEUDÓNIMO: Antonín Tzara**

Los humanos tenemos una tendencia natural hacia la verdad. Nuestra existencia, desde los tiempos más remotos, se vio acompañada por creencias míticas, que tenían como función encontrar explicaciones a las distintas cuestiones que nos inquietaban en aquellos tiempos. Progresivamente, estas explicaciones fueron reemplazadas por otras, de carácter lógico y racional. Así surgen la filosofía y, posteriormente, las ciencias. La aparición de estas fuentes de conocimientos basadas en la razón aumentó nuestra tendencia instintiva hacia la verdad. Pero, a medida íbamos descubriendo la ignorancia en la estábamos sumidos, nos desesperamos: los filósofos, necesitados de principios generales que sirviesen de base para sus teorías, elaboraron todo tipo “verdades”, que comprobaron mediante silogismos y soluciones verbales absolutamente carentes de credibilidad; por su lado, los científicos intentaron explicar el mundo de manera sistemática y objetiva, siendo la realidad misma cambiante, impredecible, y relativa. El carácter estático que le atribuimos a la verdad, resultó errado y es tiempo de cambiarlo.

Para comenzar a transitar estos caminos, por demás recorridos, debemos empezar por preguntarnos ¿qué nos asegura que un conocimiento sea cierto? La respuesta es simple: nada. Cualquier idea que sea tomada por cierta durante algún período de tiempo jamás estará exenta de posibles descubrimientos que la lleven a la decadencia. Esto se debe a una propiedad de la realidad, que es su imprevisibilidad. Por esta cuestión, siempre nos encontraremos en un estado confuso: nunca podremos determinar qué más hay por descubrir. Pero entonces, si no hay posibilidades de encontrar una verdad totalmente incuestionable, ¿por qué los nuevos descubrimientos desplazan a sus predecesores y son consolidados como “ciertos”? La respuesta radica en su adecuación al nuevo contexto y su utilidad al mismo: llega un momento en el que las verdades anteriores quedan obsoletas y son dejadas de lado, siendo suplidas por otras que explican la realidad de manera más útil y se adecuan mejor, según lo demande la nueva situación. ¿Esto quiere decir que, durante un tiempo, tomamos lo cierto por falso? Sí. La veracidad de los conocimientos se mide según su utilidad al medio. Cuando deja de ser útil, es decir, cuando se descubre algo más adecuado, su credibilidad decae. Podemos entender ahora que, lo que históricamente llamamos “verdad”, no resulta ser más que una serie de conocimientos sucesivamente descartables.

Ahora bien, resulta claro que las verdades van renovándose durante períodos. Pero aún dentro de los lapsos en los que un conocimiento es considerado cierto, pueden existir visiones distintas que sin embargo debemos considerar válidas. Ellas son los puntos de vista. ¿Por qué el daltónico es el que ve mal, mientras que la persona sin alteraciones en la vista es la que ve bien? La respuesta a esta pregunta va

a variar según la situación y el punto de vista: el daltónico será veraz al decir que una alfombra verde es amarilla, porque él realmente la ve así, y esto no implica ningún cambio en el medio ni dificultad para él; al contrario, va a estar equivocado si confunde los colores de un semáforo, porque esto significará un riesgo para su vida y la de los demás. Es entonces cuando estará errado. De esta manera se vislumbra el carácter relativo y, nuevamente funcional, de la verdad. Así, el grado de certeza será proporcional a la adecuación del relato a la situación.

Esta manera de entender la realidad puede compatibilizarse perfectamente con el método pragmático, en el cual las discusiones sobre temas que no significan ningún cambio concreto en la realidad carecen de sentido. Volviendo al ejemplo del daltónico, resultaría inútil debatir sobre si realmente lo que aquella persona ve de color amarillo es verde; en todo caso, lo único que se podría lograr sería concientizar al daltónico de que las personas sanas ven de otra manera, cosa que no evitaría que siga viendo los colores diferentes. En contrapartida, no pasa lo mismo con el daltónico que confunde los colores de un semáforo. En este caso la discusión sí sería válida, porque es funcional a la situación y significaría un cambio concreto.

Hasta ahora entendimos que la verdad –aquella entidad metafísica pensada como indudable, rígida, y perfecta-, es dinámica y relativa y que existe como tal en la proporción que es funcional a su medio. Pero, históricamente, una de sus propiedades más importante es la de su concordancia con la realidad. Ya comprendido que, a través del tiempo, tomamos por ciertos conocimientos que resultaron falsos, y que los actuales no están exentos de ser reemplazados. Pero existen aún otros factores que nos imposibilitan la adquisición de la verdad como entidad totalmente en concordancia con la realidad. Una de ellas es nuestra comunicación.

La forma en la que transmitimos nuestros conocimientos es el lenguaje. Según el filósofo Friedrich Nietzsche, el lenguaje está formado por metáforas, es decir: las palabras no existen como verdades en sí mismas, sino como representaciones de la realidad. Por lo tanto, no son más que transformaciones antropomórficas –humanas- de la realidad mediante metáforas. De aquí comprendemos que, si los hispanohablantes pensamos el mundo en español, lo estamos haciendo de manera subjetiva: de manera hispana. Y aún si existiese un idioma universal, la subjetividad consistiría en la manera antropomórfica de ver el mundo, ya que la visión humana, basada en la razón, no es universal. Ni siquiera nuestra razón debe ser entendida así: tenemos que considerarla, simplemente, como humana. Este error nos ha traído grandes problemas durante nuestra historia, e inclusive ha sido el fundamento de innumerables delirios filosóficos. En estos casos, lo que deberíamos habernos

planteado es: con nuestras herramientas -la razón y la observación-, ¿qué nos es posible conocer?

Sabemos que, mediante la razón pudimos crear un sistema perfecto en sí mismo, las matemáticas, cuyos principios pudieron ser aplicados a la naturaleza, mediante la observación. También sabemos que hay muchas coincidencias entre las matemáticas y la naturaleza. Que existen, por ejemplo, patrones de ellas que se repiten en la cantidad de pétalos de una flor, o fórmulas que permiten predecir el movimiento de los astros. Asimismo, es incuestionable la manera en la que las ciencias ayudaron a mejorar nuestra calidad de vida. Por lo tanto, podemos considerar que, mediante la razón tenemos la capacidad de crear sistemas abstractos perfectos. A través del binomio razón-observación, podemos comprender bastante –pero nunca completamente- el mundo en el que vivimos. Pero entonces, ¿qué sucede con las cuestiones metafísicas? Para explicarlo, recurriremos al tema más fascinante de esta rama filosófica: Dios. Lo primero que hay que interrogar es la posibilidad de comprobar su existencia mediante los sentidos. Obviamente, no existen pruebas experimentales que lo sustenten –ni refuten- y, debido a la naturaleza de esta entidad, resultaría imposible imaginar un futuro en el que sea posible encontrar pruebas sensibles de su existencia. Ahora llega lo interesante, ¿podemos probar la existencia divina haciendo uso de la razón? No. ¿Por qué? Porque la razón humana, sigue una lógica humana, y Dios, al no ser humano, imposibilita esta vía como forma válida de conocerlo. La idea divina está más allá de todo.

Otro factor que atenta contra la verdad -en concordancia con la realidad-, es su manipulación por cuestiones de intereses.

Al surgir la teoría de la evolución de las especies -que encontraba un sustento científico a la aparición de los humanos- la Iglesia se opuso. No se trataba de una discusión científica. La Iglesia vio amenazada su teoría divina. Es decir, frenó el avance hacia la verdad por una cuestión de conveniencia. Lo mismo sucede, actualmente, con los medios de comunicación: la información puede verse alterada, por ejemplo, para evitar manchar la reputación de un poderoso empresario. A su vez, cabe la posibilidad de que nuevos conocimientos, mejor adaptados al contexto actual, hayan sido descubiertos, pero que no difundidos por cuestiones de intereses. Sólo con pensar en la industria millonaria del petróleo, la sospecha de que combustibles alternativos y menos contaminantes no sean puestos en marcha masivamente –que concordaría con nuestra actual demanda ecologista- hace pensar que hay una lucha de intereses que impide el avance de nuevas verdades.

A esta altura, podemos apreciar la debilidad del concepto de verdad. Ahora cabe preguntarnos, ¿lo que buscamos a lo largo de la historia fue la verdad? La sola

idea de verdad, parece muy arrogante y prácticamente inservible, dándonos la sensación de que su utilidad es únicamente la de estar postrada inmóvil en una vitrina. Entonces, ¿para qué buscamos conocimientos? Los buscamos para estar acertados. ¿Acertados? Veamos lo siguiente: según sus definiciones, algo cierto es algo verdadero, que no ofrece duda, cualidad que sabemos imposible; una certeza es un conocimiento claro, seguro y evidente de las cosas, estado improbable, ya que nunca sabremos qué conocimiento es el seguro; la última palabra a definir es acertar, que significa conseguir un fin propuesto y adecuado. Adecuado. Este es el término que necesitamos para explicar lo que históricamente consideramos verdad. Hablar de algo acertado, nos permite explicar la naturaleza relativa, dinámica e inestable de los conocimientos. Nos permite entenderlos en toda su complejidad.

Así, como los conocimientos van perdiendo credibilidad y son remplazados por otros, deberíamos quitar para siempre el término verdad para referirnos a ellos. Los conocimientos ya no deben llamarse verdaderos, si no acertados. Y de esta manera, los que tienen razón no serían más los que dicen la verdad, sino los que han acertado.

#### **Bibliografía:**

- Descartes, René, "Discurso del método", ed. Hyspamérica, Buenos Aires, 1990.
- Hume, David, "Tratado de la naturaleza humana", ed. Folio, Barcelona, 1999
- Nietzsche, Friedrich; "Sobre verdad y mentira en sentido extramoral", ed. Miluno, Buenos Aires, 2007
- James, William, "El Pragmatismo", ed. Cincel, Madrid, 1988